

30 de marzo
de 2019



Olvidado por sus familiares y amigos

LA VIDA DE ALFONSO FLORES ha sido difícil. Actualmente se encuentra cumpliendo una condena por homicidio. Su familia y amigos lo abandonaron. Esto llevó a Alfonso a experimentar una profunda depresión. No se acostumbraba a la idea de tener que pasar el resto de su vida en prisión. Angustiado, empezó a pedirle a Dios que enviara a una persona que le diera algún consuelo y lo ayudara a recuperar la paz.

La persona indicada

Al ver el estado de ánimo de Alfonso, al custodio se le ocurrió contactar a un amigo adventista llamado Noé García*. Le expuso la situación por la que atravesaba Alfonso. La primera vez que Noé lo visitó, se dio cuenta que había una gran tarea que realizar. Él solicitó un permiso para visitar regularmente a los presos con el fin de compartir la Palabra de Dios.

Alfonso esperaba con ansias la llegada del jueves de cada semana. Ese era el día en que Noé llegaba con algunos hermanos para cantar, orar y leer la Biblia con los reclusos. Cada vez que llegaban, Alfonso los recibía con un

emotivo abrazo. Las reuniones eran celebradas de manera regular y el grupo de prisioneros que asistía era cada vez mayor.

Primeros frutos

Noé y los hermanos de la iglesia conseguían ropa en buenas condiciones, zapatos, comida y artículos de primera necesidad para proveerle a los presos. Después de algunos meses de estudio de la Biblia, se podían observar los primeros frutos del trabajo misionero. Los presos ahora comprendían las verdades que la Palabra de Dios enseña, sus rostros mostraban paz y alegría. Lo más extraordinario fue que, al finalizar la serie de estudios bíblicos, cinco personas pidieron ser bautizadas. Aunque estaban en prisión, ahora muchos empezaban a experimentar la liberación que solo Cristo trae al corazón.

Finalmente llegó el día en que se llevarían a cabo los bautismos. El pastor estaba listo para realizar la ceremonia pero, a diferencia de otros bautismos que él había oficiado, esta vez no fue en un río, ni en una pila bautismal, ni en un templo. Dentro de la cárcel no había ningún lugar apropiado para la ceremonia.

Pero eso no fue un impedimento para los prisioneros. Ellos consiguieron un barril, lo llenaron de agua y la ceremonia inició. Mientras el pastor hacía la invocación desde afuera, el candidato se colocaba dentro del barril. Cuando la oración finalizaba, la persona se sentaba y se sumergía con mucho esfuerzo. Lo lindo era que, aunque el proceso era bastante incomodo, ellos salían convencidos de que Dios había perdonado sus pecados.

Alfonso sigue cumpliendo su condena, pero ahora tiene esperanza y paz en su corazón. Él espera que a través de su ejemplo otros prisioneros lleguen a cono-

cer acerca de Jesús. No olvidemos orar por las personas que predicán el evangelio en los centros penitenciarios. Todos podemos ayudar a cumplir la misión llevando esperanza a aquellos que la sociedad ha olvidado.

Sr. Noé García
Unión Mexicana Central

*Esta historia ha sido narrada en tercera persona por el autor.